



## CAP. I. FLOR DE SANTIDAD ❁ ❁



OS CRIADOS velaron en la cocina, donde toda la noche ardió el fuego. Una cacería de lobos estaba dispuesta para el amanecer. De tiempo en tiempo,

mientras se recuerdan los lances de otras batidas, los más viejos descabezan un sueño en los escaños. Cuando alguien llama en la puerta de la cocina, se despiertan sobresaltados. La moza de la cara bermeja, que está siempre dispuesta para abrir, descorre los cerrojos, y entra, murmurando las santas noches,

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

algún galán de la aldea, celebrado cazador de lobos. Deja su escopeta en un rincón y toma asiento al pie del fuego. La dueña de los cabellos blancos aparece y manda que le sirvan un vaso de vino nuevo. El cazador, antes de apurarlo, salmodia la vieja fórmula:

— ¡De hoy en mil años y en esta honrada compañía!

La moza de la cara bermeja vuelve al lado de Adega:

— Á mí paréceme que te conozco. ¿Tú no eres de San Clodio?

— De allí soy, y allí tengo todos mis difuntos.

— Yo soy poco desviado... En San Clodio viven casadas dos hermanas de mi padre, pero nosotros somos de Andrade. Yo me llamo Rosalva. La señora es mi madrina.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

Adega levanta las violetas de sus ojos y sonríe, humilde y devota.

— ¡Rosalva! ¡Qué linda pudo ser la Santa que tuvo ese nombre, que mismo parece cogido en los jardines del Cielol!

Y queda silenciosa, contemplando el fuego que se abate y se agiganta bajo la negra campana de la chimenea, mientras el criado de las vacas, al otro lado del hogar, endurece en las lenguas de la llama una vara de roble, para calzar en ella el hocino: Armado de esta suerte irá en la cacería, y entraráse con los perros por los tojares donde los lobos tienen su cubil. En el fondo de la cocina, otro de los criados afila la hoz, y produce crispamiento aquel penetrante chirrido que va y viene, al pasar del filo por el asperón. Poco á poco, Adega se duerme en el escaño, arrullada por

❀ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❀

el murmullo de las voces, que apagadas y soñolientas hablan de las sementeras, de las lluvias, y del servicio en los Ejércitos del Rey. Á lo largo del corredor resuenan las llaves y las toses de la dueña, que un momento después asoma preguntando:

— ¿Cuántos os juntáis?

Cesan de pronto las conversaciones, y sin embargo una ráfaga de vida pasa sobre aquellas cabezas amodorradas, anímanse los ojos, y se oye, como rumor de marea, el ras de los zuecos en las losas. La moza de la cara bermeja, puesta en pie, comienza á contar:

— Uno, dos, tres...

Y la dueña espera allá en el fondo oscuro. En tanto sus ojos compasivos se fijan en la pastora:

— ¡Divino Señor!... Duerme como un sera-

❀ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❀

fin. Tengan cuidado, que puede caerse en el fuego.

La vieja toca el hombro de Adega:

— ¡Eh!... ¡Álzate, rapaza!

Adega abre los ojos y vuelve á cerrarlos.

La dueña murmura:

— No la despierten... Pónganle algo bajo la sien, que descansará más á gusto.

La vieja dobla el mantelo, y con una mano suspende aquella cabeza melada por el sol como las espigas: La pastora abre de nuevo los ojos y al sentir la blandura del cabezal suspira. La vieja vuélvese hacia la dueña con una sonrisa de humildad y de astucia:

— ¡Pobre rapaza sin padres!

— ¿No es hija suya?

— No señora... A nadie tiene en el mundo.

Yo la acompaño por compasión que me da.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

A la cuitada éntrale por veces un ramo cativo, y mete dolor de corazón verla correr por los caminos cubierta de polvo, con los pies sangrando. ¡Crea que es una gran desgracia!

— ¿Y por qué no la llevan á Santa Baya de Cristamilde?

— Ya le digo que no tiene quien mire por ella...

El nombre de la Santa ha dejado tras sí un largo y fervoroso murmullo que flota en torno del hogar, como la estela de sus milagros. En el mundo no hay Santa como Santa Baya de Cristamilde. Cuantos llegan á visitar su ermita sienten un rocío del Cielo. Santa Baya de Cristamilde protege las vendimias y cura las mordeduras de los canes rabiosos, pero sus mayores prodigios son aquellos que obra en su fiesta sacando del cuerpo los malos es-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

píritus. Muchos de los que velan al amor de aquel fuego de sarmientos, han visto cómo las enfermas del ramo cativo los escupían en forma de lagartos con alas. Un aire de superstición pasa por la vasta cocina del Pazo. Los sarmientos estallan en el hogar acompañando la historia de una endemoniada: La cuenta con los ojos extraviados y poseído de un miedo devoto, el buscador de tesoros. Fuera los canes, espeluznados de frío, ladran á la luna. Resuenan otra vez las llaves de la dueña. Desde la puerta hace señas con la mano. La moza de la cara bermeja se acerca:

— ¿Mandaba alguna cosa?

— ¿Cuántos has contado?

— Conté veinte, y todavía vendrán más.

— Está bien. Baja á la bodega y sube del vino de la Arnela.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¿Cuánto subo?

— Sube el odre mediano. Si tú no puedes, que baje uno contigo... Dejarás bien cerrado.

— Descuide.

La dueña, al entregarle el manajo de sus llaves, destaca una:

— Esta es la que abre.

— Ya la conozco.

Vase la dueña de los cabellos blancos, y la moza de la cara bermeja enciende un candil para bajar á la bodega. Ulula el viento atorbellinado en la gran campana de la chimenea, y las llamas se tienden y se agachan poniendo un reflejo más vivo en todos los rostros. De tarde en tarde llaman en la puerta, y un cazador aparece en la oscuridad con los alanos atraillados y una vara al hombro: Los que vienen de muy lejos llegan ya cerca del

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

amanecer, y al abrirles, una claridad triste penetra en la cocina donde la hoguera de sarmientos, después de haber ardido toda la noche, muere en un gran rescoldo. El hogar está lleno de ceniza.



## CAP. II. FLOR DE SANTIDAD



DEGA fué admitida en la servidumbre de la señora, y aquel mismo día llegaron las mozas de la aldea, que todos los años espadaban el lino en el gene-

roso Pazo de Brandeso. Comenzaron su tarea cantando y cantando la dieron fin: Adegas las ayudó. Espadaban en la solana, y desde el fondo de un balcón oía sus cantos la señora, que hilaba en su rueca de palo santo, olorosa y noble. A la señora, como á todas las mayrazgas campesinas, le gustaban las telas de

lino y las guardaba en los arcones de nogal, con las manzanas tabardillas y los membrillos olorosos. Después de hilar todo el invierno, había juntado cien madejas, y la moza de la cara bermeja, y la dueña de los cabellos blancos, pasaron muchas tardes devanándolas en el fondo de una gran sala desierta. La señora pensaba hacer con ellas una sola tela, tan rica como no tenía otra.

Las espadadoras trabajaban por tarea, y habiendo dado fin el primer día poco después de la media tarde, se esparcieron por el jardín, alegrándolo con sus voces. Adegá bajó con ellas: Sentada al pie de una fuente, atendía sus cantos y sus juegos con triste sonrisa. Las vió alejarse y se sintió feliz. Sus ojos se alzaron al cielo como dos suspiros de luz. Aquella zagala de cándida garganta y cejas

de oro, volvía á vivir en perpetuo ensueño. Sentada en el jardín señorial, bajo las sombras seculares, suspiraba viendo morir la tarde, breve tarde azul llena de santidad y de fragancia. Sentía pasar sobre su rostro el aliento encendido del milagro, y el milagro acaeció. Al inclinarse para beber en la fuente, que corría escondida por el laberinto de arrayanes, las violetas de sus ojos vieron en el cristal del agua, donde temblaba el sol poniente, aparecerse el rostro de un niño que sonreía. Era aquella aparición un santo presagio: Adegá sintió correr la leche por sus senos, y sintió la voz saludadora del que era hijo de Dios Nuestro Señor. Después sus ojos dejaron de ver: Desvanecida al pie de la fuente, sólo oyó un rumor de ángeles que volaban. Recobróse pasado mucho tiempo, y

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

sentada sobre la yerba, haciendo memoria del cándido y celeste suceso, lloró sobreco-gida y venturosa. Sentía que en la soledad del jardín, su alma volaba como los pájaros que se perdían cantando en la altura.

Tras los cristales del balcón, todavía hilaba la señora, con las últimas luces del crepúsculo. Y aquella sombra encorvada, hilando en la oscuridad, estaba llena de misterio. En torno suyo todas las cosas parecían adquirir el sentido de una profecía. El huso de palo santo temblaba en el hilo que torcían sus dedos, como temblaban sus viejos días en el hilo de la vida. La mayorazga del Pazo, era una evocación de otra edad, de otro sentido familiar y cristiano, de otra relación con los cuidados del mundo. Había salido la luna, y su luz bañaba el jardín, consoladora y blanca

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

como un don eucarístico. Las voces de las espadadoras, se juntaban en una palpitación armónica con el rumor de las fuentes y de las arboledas. Era como una oración de todas las criaturas en la gran pauta del Universo.

